

IDENTIFICAR, CLASIFICAR Y JERARQUIZAR. ASPECTOS SOCIOLÓGICOS DE LAS FUNCIONES DE LA HERÁLDICA

ENRIQUE GASTÓN

Cualquier fenómeno cultural puede ser estudiado centrándose en sus orígenes, en las causas que dieron lugar a él, éste sería el análisis causal; o bien por cómo es, por su descripción detallada; o finalmente, por su intencionalidad, para qué sirve, qué problemas trata de superar, cuál sería su orientación, éste sería el análisis teleológico. Todas estas formas de análisis interesan a la Sociología, aunque ninguna en exclusiva. Interesan también a los historiadores, a los filósofos, a los biólogos y a cualquier investigador. Además conviene insistir en que las mismas barreras entre lo causal, lo descriptivo y lo teleológico son demasiado débiles. La mente humana rara vez puede plantearse un tipo de análisis sin tener en cuenta a los restantes.

Dicho esto, se plantea una cuestión de énfasis. Qué interesa más. Y habría que admitir que a una parte importante de la sociología le preocupa especialmente el «para qué», el análisis teleológico. La función que cumplen los fenómenos culturales.

El análisis causal, tan importante en las investigaciones sobre cuestiones controlables, en las ciencias sociales tiene un rigor científico bastante limitado. La relación causa-efecto se produce mucho menos de lo que se suele creer. La creencia de que cualquier causa, X, dará lugar a un efecto Y, tropieza con el hecho de que en realidad podría dar lugar a muchos efectos distintos, Y1, Y2, Y3, etc. Efectos que muchas veces son contradictorios, incompatibles o simplemente diferentes. Pero la dificultad mayor está en la imposibilidad de aislar las causas. Varias causas, X1, X2, X3, podrían dar lugar a un mismo efecto. Los historiadores, como en este caso los sociólogos, no disponemos de un laboratorio cerrado, en el que prácticamente todo sea controlable. Un blasón, por ejemplo, que sería un efecto, puede proceder de muchas motivaciones individuales y/o colectivas. Y a su vez, el mismo escudo podría convertirse en causa de otros muchos efectos.

Sobre la parte descriptiva de la heráldica el auditorio sabrá bastante más que yo a esta altura del curso. No pretendo estar de vuelta de algo sin haber

ido previamente. Algo se dirá, aunque sea de pasada; pero las implicaciones de las ciencias relacionadas con la heráldica, así como la capacidad de esta ciencia para sintetizar gran parte de la Historia, y sobre todo lo que constantemente sugiere, parecen tema suficiente. Al decir sintetizar la historia y sugerir la vida, en el sentido más amplio, no hay que pensar únicamente desde la Edad Media; sino desde mucho antes. Desde que unos homínidos, que seguramente eran gregarios desde sus comienzos, empezaron a relacionarse de una manera más racional: desde la persuasión y la coquetería hasta los gestos defensivos y de amenaza.

En esta conferencia voy a tratar en primer lugar de resumir las peculiaridades funcionales que tiene la Heráldica, para centrarme en las que considero más relevantes. He aquí algunas, sin ánimo de ofrecer un número cerrado:

- Sirve para identificar y reconocer.
- Para integrar a las personas en ciertos grupos o en ciertos territorios.
- Para necesidades bélicas muy variadas.
- Para jerarquizar a las personas, y clasificarlas.
- Para satisfacer valencias afectivas.
- Para marginar a ciertas personas.

Es frecuente agrupar todas estas funciones, y algunas más, en tres. Identificar, clasificar y jerarquizar.

Desde el punto de vista metodológico habría que empezar por asegurarse de que los problemas que trata de solucionar la Heráldica no sean naturales, es decir, que responden a motivaciones propias de la naturaleza humana, sino culturales. Si son o no problemas propios de una época, se suele hablar de la Edad Media, y de un terreno específico, por ejemplo el mundo europeo occidental. Incluso se ha tratado de ceñirla a una cultura política concreta, la feudal. Estos enfoques limitarían mucho el alcance de una ciencia que desborda muy pronto cualquier parcela currada. Tratar de comprender la Heráldica al margen de algunas necesidades y deseos inseparables de los seres humanos sería seguir un camino equivocado. Por el momento, como hipótesis, cabe sostener que el objeto de la Heráldica tiene, al menos, tanto de natural como de cultural.

Esto obliga a definir lo que sociológicamente puede entenderse como natural. E implicaría que respondiera, a ser posible, a tres requisitos principales: el primero es el de la **universalidad**, que se hubiera dado en todas las épocas y que en la actualidad se encontrase en todas partes; en segundo lugar, que existiera algún **precedente animal**. En la medida en que somos unos animales, algunas propiedades de éstos, tales como la supervivencia, el instinto sexual, la agresividad, etc., aparecen en nosotros. Así, hay algunos comportamientos que casi todo el mundo científico acepta como naturales. No quiere decir que todos los individuos los tengan, pero que sí aparecen y han apare-

cido en todas partes en las que haya o haya habido animales humanos. El tercer requisito sería el que haya **algo, en nuestra propia naturaleza biológica, que lo justifique**. Esto sucede, entre otros, con el impulso sexual o con la supervivencia.

Para la Psicología Social experimental, que ha podido trabajar con animales, los impulsos naturales más intensos serían:

- 1.º El impulso post-maternal. La tendencia de las hembras a ocuparse de sus cachorros..... (22,4)
- 2.º La satisfacción de la sed..... (20,4)
- 3.º La satisfacción del hambre..... (18,2)
- 4.º La satisfacción..... (13,8)
- Y 5.º El impulso exploratorio..... (6,0)

Las investigaciones de C. J. Warden, para llegar a esta conclusión son ya de 1931, cuando publicó su libro *Motivación animal*. El procedimiento que siguió fue el de hacer pasar a distintas especies animales por una barrera eléctrica que producía descargas muy dolorosas cada vez que se traspasaba. Bastaba con poner algún incentivo, por ejemplo, comida a un animal hambriento, para que el animal se arriesgase; y sin dejarle llegar a comer, volverlo a poner al otro lado de la barrera eléctrica. Pudo comprobarse así la intensidad de los diferentes impulsos. El número que figura a la derecha de cada uno de los impulsos de la tabla es el promedio de veces que los animales cruzaban la barrera.

Lo importante del experimento de Warden, por grande que pueda ser el margen de error, fue que permitió interesarse por otras muchas motivaciones secundarias que resultan de especial importancia para la Heráldica, tales como la agresividad organizada (pugnacidad), la afirmación de sí mismo, la territorialidad, etc.

Para empezar, parece haber acuerdo en que **la identificación** sería una de las principales funciones de la Heráldica, pero esto es decir muy poco. A la Sociología le interesa poner en cuestión todos los fenómenos sociales y en este caso no se justificaría una excepción. Interesa saber si es necesario que la gente y las agrupaciones de gente se identifiquen; si el interés por identificarse es un fenómeno universal que afectaría por igual a todas las personas; si la identificación puede ser utilizada, objetiva y subjetivamente contra las personas. Qué ventajas tiene y qué inconvenientes; y las cuestiones formales, qué formas de identificación serían más eficaces, cuáles más hermosas, qué contenidos y qué soportes resultarían convenientes; y los análisis comparativos: cómo sería la identificación en distintas culturas y en circunstancias diferentes.

A la vista de semejante repertorio puede apreciarse que la simple función identificadora de los blasones y escudos respondería a motivaciones muy profundas del ser humano, además de las aparentes cuestiones prácticas.

Los expertos en publicidad saben que una de las frustraciones básicas de las personas es precisamente la idea de que no se considera nuestra individualidad. Por eso abundan los mensajes personalizados. Frente a frases como «éste es el plan de pensiones», «los viajes para estas Navidades» o «la casa en la montaña», parece ser más eficaz decir: «éste es TU plan de pensiones», «TUS viajes para estas Navidades» o «TU casa en la montaña». Las técnicas persuasivas basadas en las frustraciones profundas suelen poner casi al mismo nivel la iconografía personalizada que los anuncios que tienden a satisfacer frustraciones sexuales o de estatus. Efectivamente, sentirse un número en lugar de un individuo resulta poco agradable; y hay en todas las sociedades y las ha habido en todas las épocas circunstancias que nos hacen sentir un número, y en un contexto peyorativo por serlo. Se cumple aquí el primer requisito metodológico para considerar la identificación como un fenómeno natural: el de la universalidad.

Hay además numerosas especies animales, sobre todo entre las gregarias, en las que los individuos luchan por estar presentes ante el resto de la manada. Este comportamiento facilita la satisfacción de dos instintos primarios, el de comer y el de aparearse. También resulta ventajoso de cara al poder y al liderazgo. La identificación aquí sería un medio para alcanzar otros fines; pero sería también natural. La observación de muchos mamíferos y también aves, permite concluir que de lo que se trata hay abundantes precedentes en el reino animal, lo que cumpliría el segundo requisito. Otto Klineberg (1963) ofreció bastantes ejemplos en su ya clásico manual de *Psicología social*.

Más dudoso es el cumplimiento del tercer requisito de confiabilidad: si hay algo en nuestra biología que lo justifique. Aquí los estudiosos de la motivación, ya sean neurobiólogos o antropólogos físicos, no han encontrado, por el momento, ningún órgano, ni hormonas u otra función orgánica que lo justifique de manera directa. Sin embargo, uno de los mayores estudiosos del *ego*, el escocés, Alfred Adler, discípulo de Freud, en sus trabajos iniciales sobre la **teoría de la inferioridad orgánica**, al estudiar el complejo de inferioridad ofreció una interpretación que un siglo después sigue resultando verosímil. El ser humano es objetivamente inferior a la naturaleza. Una mala vida inicial repercutiría en los comportamientos posteriores; y todas las personas habríamos sufrido una fase de impotencia en la niñez que nos haría sentirnos inferiores. De menor valor que los demás. Especialmente de los adultos. «La frustración se convierte en el contrapeso de su avance». Y así, resulta universal el deseo de los niños de sentirse mayores. La palabra es sobrecompensar el complejo de inferioridad, lo que llevaría a las personas a la necesidad de autoafirmarse. De ser así, la afirmación de sí mismo que lleva a la identificación sería una motivación de primer orden, ya que cumpliría con los tres requisitos. No sería un simple medio para conseguir un fin. Sería algo mucho más profundo.

La **búsqueda de prestigio**, derivada de la motivación anterior, sería también universal. Sobre este punto ya no hay consenso entre los expertos, ya que se trata de una motivación contradictoria con la de la **adquisitividad**, un impulso que llevaría a los humanos a querer más y más bienes o reconocimientos y servicios, incluso más de los que necesitaría. No todas las personas ni todas las culturas son iguales ante el fenómeno de la adquisitividad; pero en todas las épocas y en todas las culturas hay individuos especialmente destacados en tal sentido. Incluso la lingüística ha demostrado ciertas correlaciones entre el uso excesivo de los pronombres posesivos, en algunos idiomas, y las actitudes de sus miembros frente a la riqueza. Entre decir «ven a casa» o «tengo una cuenta en el banco», por ejemplo, y decir «ven a mi casa», «tengo mi propia cuenta en mi banco», habría diferencias semánticas, como sucede entre el Inglés y el Castellano. El tacaño y la tacaña serían los prototipos de los seres especialmente adquisitivos. En todo caso, la existencia de sociedades en las que el motivo de prestigio está muy por encima de la adquisitividad, indicaría que la carga cultural en ésta última sería predominante. No lo piensan así los economistas partidarios de las **teorías del intercambio**, según las cuales todos los actos humanos buscarían una compensación, a ser posible material o materializable. Doy para que des. Doy para obtener beneficios, etc. Gran parte de la ideología que sustenta el modelo de los mercados puros, está basada en las teorías de un intercambio en el que casi siempre suele haber ganadores y perdedores. No obstante, Klineberg recogió suficiente información de culturas que privarían a la adquisitividad del requisito de universalidad. Entre los zuñi, de Nuevo México, está tan mal visto competir que si alguien gana una carrera ya no le dejan correr más, y el desprecio social a cualquier intento de sobresalir en destreza u originalidad es reprimido. Salomón Asch afirma que los niños de los hopi no compiten entre sí, «y son vanos todos los intentos de las maestras por hacer que compitan». La polémica sobre la búsqueda de prestigio frente a la adquisitividad no está por el momento superada, aunque parece que predominaría la motivación del prestigio. Serían más los que no arriesgarían su honor o el reconocimiento y aceptación social de sus semejantes, por razones económicas, que quienes por dinero renunciarían a cualquier prestigio personal; pero habría comportamientos extremos en ambos sentidos.

Nos afirmamos y nos identificamos en busca de prestigio. El reconocimiento social no sería ajeno a la identidad. Y la privación de identidad es uno de los mayores castigos contra la dignidad del ser humano. Hasta el punto que el **Derecho a la Identidad** forma parte de los derechos humanos en todo el mundo civilizado.

Privar de la identidad a las personas no es únicamente una forma de degradarlo, sino una de las maneras más eficaces de controlarlo, de impedir que su rebeldía pueda resultar eficaz. La transformación de la identidad en

un número, que tanto se ha visto en prisiones, en los campos de concentración y en los de exterminio, es un primer paso en los casos que terminan en fosas comunes o en personas reducidas a jabón. Al mismo tiempo, privar de una identidad permite atribuir otras. La reciente historia de Argentina, con los niños de padres desaparecidos, que fueron apropiados por otros padres, en la época del robo de bebés; y que hoy, todavía, van en busca de su verdadera identidad, sería un ejemplo dramático altamente expresivo. «Saber mi verdadera identidad no tiene precio» confiesa Pedro Luis Nadal, raptado a los tres meses y que a los 29 años descubre que su madre se llamaba Hilda García, su padre Jorge Adalberto Nadal, etc. En Argentina existen dos redes por el Derecho a la Identidad, Jujuy y ATECH; y hasta una revista, *Animate 2011*, dedicada a publicar «Historietas por la identidad».

En el proceso de racionalización, la manera de identificar a las personas fue la atribución de un nombre, en sustitución de los apodos o de los topónimos de su lugar de origen; pero la garantía completa de identificación procedió de la familia, y más concretamente del padre. El libro teórico de Engels, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, es del siglo XIX. Y el argumento fundamental es que a diferencia de otros animales, a partir de la propiedad privada, cuando las herencias van a ir fundamentalmente a los hijos, se producen unas transformaciones sociales de primera magnitud. Simplemente por el hecho de que la maternidad es conocida, pero la paternidad siempre era incierta. Hecho que supondría un especial control sobre las mujeres y una polémica que todavía sigue sobre el origen de los linajes. En la Europa medieval parece no haber dudas: las atribuciones familiares, los apellidos y los linajes proceden del padre, mientras sea conocido. Poulbot, uno de los grandes ilustradores de las vanguardias de finales del siglo XIX y principios del XX, junto con Toulouse-Lautrec y Steinlen, reflejó el problema en una estampa en la que varios niños insultan y acosan a otro diciéndole: «no tiene padre».

Desde los primeros estudios de Sociometría, la ciencia de la medición de las relaciones sociales, se detectó que ante las preguntas clásicas de «¿Con quién te gustaría trabajar?», «¿Con quién te gustaría ir a veranear?», las niñas y niños que o no tenían padre o lo habían perdido, eran objeto de un menor número de elecciones; pero, y esto es lo más dramático, las niñas tradicionalmente elegidas cuyos padres hablan fallecido o las habían abandonado, perdían elegibilidad. Pese a que nada dependiera de ellas. La cultura había convertido al padre en un atributo de su personalidad. Una cultura que no actuaba igual con el caso de la madre.

Hacia el año 1959, del pasado siglo, fui testigo, en una iglesia de Cascante, en Navarra, en una misa de fin de año, de que desde el púlpito hicieron balance de los nacidos en el pueblo durante el año. Se fueron nombrando todos los

niños indicando quienes eran sus padres. Al llegar a uno en concreto se dijo simplemente, «bastardo», y se nombró a la madre.

El uso en España y Portugal de los dos apellidos, que se reconoce como una decisión respetuosa y feminista hacia la madre, cosa que no aparece de forma explícita en otros países, cumplió hasta hace poco tiempo la función de discriminar a los bastardos.

La identificación heráldica está legitimada por las familias y los linajes, fundamentalmente; pero convendría insistir en que no es únicamente así. Los desheredados de la fortuna también tuvieron o pudieron tener sus blasones, aunque de manera excepcional. Hay un famoso grabado de Jacques Callot, de finales del XVI y principios del XVII, perteneciente a su serie de los mendigos, en el que un lisiado porta una bandera de Capitano. Y desde los comienzos de la Heráldica, cuando empezaron a coleccionarse blasones y soportes, aparecen textos de «Heráldica Curiosa», mostrando un interés por temas que no necesariamente coinciden con la civilización feudal y los linajes de la nobleza. Mientras preparaba esta conferencia he visto en internet libros con este título, de «Heráldica curiosa», y varios de ellos, muy antiguos, están en venta en la red de Ebay.

En la medida en que resulten importantes los grupos a los que pertenecen las personas, que son muchos, existirá una **identidad social**. La satisfacción psicológica mínima requiere la aceptación de lo que forma parte del entorno real, bien sea un territorio, comuna, región o nación; o una religión institucionalizada, un Estado o su equivalente, una asociación o un equipo de fútbol. Y todo ello requerirá sus soportes comunicativos.

La otra gran función de la Heráldica es la de **Clasificar y jerarquizar**. Para esta ciencia se trata de dos cosas ligadas e inseparables. No hay que insistir en que la naturaleza hace a todos los seres desiguales, por mucho que lleguen a parecerse. Cada árbol, cada planta y cada animal, aunque sean de la misma especie son distintos. Con los humanos el tema se plantea a un nivel mucho mayor de complejidad. Por el simple hecho de que tenemos libre albedrío. Nuestro comportamiento no está fundamentalmente programado genéticamente, como sucedería a cualquier animal. Patos, gatos e insectos se comportan ahora igual que hace muchos años y se podría predecir bastante lo que pueden hacer. Con los hombres y mujeres no sucede así. Cualquier cosa que uno haga, sabe que podría haberla hecho de manera diferente. Y no por haberla hecho hoy de una manera significa que mañana la haré igual. Si nos conformásemos con las desigualdades naturales no haría falta mucha heráldica. Se aceptaría que cada uno está en el sitio que le corresponde, porque así lo quiso la madre naturaleza. Pero no sucede así. La libre voluntad de las personas hace que se quiera ser distinto y que se quiera ser más, algunas veces, y mejor otras. Lo mismo que la identidad se construye, y aquí sí que interviene la cultura, el rango que tal identidad ocupa dentro de cualquier comu-

nidad puede no tener nada que ver con la naturaleza. El hecho de nacer con determinado color de piel, siendo hijo de determinada persona o pensar en un idioma diferente, puede suponer que una persona esté socialmente mejor o peor valorada, independientemente de sus méritos personales. Somos distintos y se nos atribuyen derechos diferentes. Además de las dotes naturales, estarían las clases sociales, el ser o no propietario o beneficiario de los bienes de producción, con todas sus implicaciones. El control de los medios de producción marca ya diferencias. No es igual estar en un lado que en otro: esclavo-dueño, siervo-señor feudal, proletario o burgués. Sin embargo, hay muchas otras diferencias que no tendrían que ver, al menos directamente, con cuestiones económicas. Un cantante, un deportista de elite, un poeta, un profesional muy necesario, podrían ser proletarios; pero no por eso tendrían menos privilegios que una castañera, propietaria de su instalación, o del conductor propietario de su furgoneta, al que le ayuda un amigo, mediante pago. Junto a las diferencias naturales y de clase estarían las de estatus. Y dentro de la escala de estatus se puede ascender muchísimo, desde un religioso descalzo con voto de pobreza, hasta un trovador que resulta admirado por los poderosos. A estas desigualdades, Max Weber añadió las del poder. Como ejemplo, basta con que tu partido o tu sindicato sean los que manden, para que aunque se carezca del menor talento y de la menor voluntad, se obtenga más deferencia, respeto e incluso prestigio social, que si tus grupos están lejos del poder. Todas estas cuatro desigualdades (naturaleza, clase, estatus y poder) parecen bastante obvias. Para la sociología no lo son.

En primer lugar, ninguna de estas diferencias es pura, ni sucede dentro de sistemas puros. La condición de clase se va a utilizar para mejorar el estatus y aumentar el poder; el propio estatus, cuando sea alto tendería a buscar también dinero y poder; y es bien sabido que un apreciable porcentaje de quienes se benefician del poder gracias al partido político buscarán prestigio y también dinero. Por otra parte, los sistemas que dan lugar a estas diferencias (excepto las naturales, que no varían) tienen siempre muchos elementos de otros anteriores, e indicios de lo que pueden ser los posteriores. En las sociedades esclavistas aparecen ya comportamientos parecidos a los que crean desigualdades en los mercados; en el mundo feudal, como en el actual, sigue habiendo restos feudales y de esclavitud; en las sociedades socialistas hay elementos capitalistas que condicionan comportamientos; finalmente, en los mal llamados comunistas, sigue existiendo el Estado, cuya desaparición sería la condición indispensable que planteó Marx, en su *Crítica de la cuestión judía* («mientras exista algo que pueda llamarse Estado no puede hablarse de libertad ni de comunismo»). Con todo, se puede insistir en las distintas clasificaciones y segregaciones que se han planteado, y seguir con una epistemología tradicional, buscadora de repeticiones y regularidades, o adentrarse en la

complejidad y en la **Teoría del Caos**, cuya aplicación a las Ciencias Sociales puede ser la gran tarea investigadora de los próximos años.

Thorston Veblen, en su *Teoría de la clase ociosa* sustentó varias tesis que resultan sumamente relevantes para la Heráldica. Por un lado desarrolló el concepto de los **símbolos de estatus** y su importancia, tanto para las relaciones sociales como para la dominación. Desde un perro de determinada raza hasta un castillo son símbolos que reflejan la identidad de las personas y tienen grandes consecuencias. La importancia de los símbolos de estatus es inseparable del paradigma teórico del sociólogo americano, de origen sueco. Frente a la dialéctica y las teorías del conflicto, lo que movería la historia de la humanidad no sería, fundamentalmente, la lucha de clases; sino la tendencia de las clases inferiores a admirar a las superiores, querer imitarlas y aspirar a pertenecer a ellas. Así, si un grupo dominante quiere permanecer en el poder de una manera estable, debería procurar ser envidiado. Hacer la ostentación necesaria de sus bienes y privilegios, para que sus súbditos perciban que otras formas de vida son posibles, que aspiren a ellas y no se rebelen. La razón por la que los castillos se situaban en la parte alta de los pueblos no era únicamente una estrategia de carácter defensivo, sino una forma de asegurar que cuando los señores feudales hicieran sus fiestas todos los vecinos pudieran enterarse. La buena acústica de estos lugares favorecía la estrategia de la ostentación. Y desde la comida y la bebida, hasta los uniformes de los vasallos, jugaban el papel simbólico. Ya que determinados alimentos, cisnes, faisanes, salmones, etc., no podían ser consumidos por la generalidad del pueblo. Incluso las mujeres eran símbolo de estatus de los hombres. Había que llevarlas bien vestidas y enjoyadas, aunque no se les permitiera tampoco el acceso a ciertas bebidas y alimentos, ni comer antes o incluso a la vez que sus dueños.

Los blasones y escudos resultaban necesarios para ser mostrados en las ceremonias feudales. En síntesis, para Veblen, los poderosos tenían que vivir muy bien y mostrarlo constantemente. No debían trabajar, excepto la milicia, la caza, los torneos, las actividades artísticas y las religiosas. Al mismo tiempo, para que las grandes diferencias no resultaran insoportables para los súbditos, mostrarían sus problemas afectivos, también de manera exagerada: enfermedades y muertes, principalmente.

Faltaba, dentro de esta estrategia, potenciar la comunicación de los casos de movilidad. Salir de una clase social de manera ascendente o descendente tenía que ser muy excepcional, aunque siempre habría algunos casos de alguien que por sus propios medios o mediante matrimonios o gracias a la fortuna llegara a ascender. Sería muy difícil, sufriría no pocas humillaciones; pero finalmente ascendería. Entonces se daría a conocer el hecho por todos los medios. Mediante canciones y poemas, caso de Robin Hood, o bien mediante fiestas y torneos. Entre las recomendaciones que aparecen en el

texto de Veblen para mantener estable la dominación figura el fomento de los juegos de azar y la posterior difusión de resultados, con el «a usted también podría sucederle». Pero sin olvidar que cualquier intento de movilidad debe ser frenado desde abajo, desde los vecinos que censuran a quien quiera vestirse como un marqués o imitar sus formas de vivir. El estudio de la Heráldica incluso de la Historia, puede hacerse desde la óptica de los símbolos de estatus. Una de las mejores aportaciones del libro de Thorston Veblen es su análisis descriptivo de la vida cotidiana medieval.

En las concepciones verticales del mundo, empezando por Dios y seguido por sus representantes en la tierra, el Rey, como ejemplo del poder terrenal, y el Papa, para el mundo espiritual, aunque también terrenal, toda la estratificación social ha sido acompañada de sus símbolos, incluso los símbolos inmateriales, como el habla y la danza. No todos podrían bailar lo mismo, ni las danzas religiosas, tampoco la música, se podrían alterar.

Desde el punto de vista estrictamente político, la polémica sobre la lentitud o rapidez de las transformaciones históricas sigue viva. Resulta difícil entender que sistemas conflictivos, y el feudalismo lo fue, duren tantos siglos sin movimientos revolucionarios que triunfen; y más difícil todavía que cuando triunfan, como en la Revolución Francesa, no sea por la lucha de los más desprotegidos, los siervos, sino por grupos privilegiados, en este caso la burguesía y una parte de la nobleza. Para Norbert Elias, en una de sus investigaciones fundamentales, *El proceso de civilización*, la conclusión no se aleja mucho de las tesis de Veblen. Las clases bajas no se rebelaban, entre otras cosas, porque su referencia y tendencia a imitar a las altas les hacía sentirse humillados. Cuando un criado tenía que participar de la mesa de un amo tenía muchas razones por las que sentirse humillado. Desde la forma de vestir y de hablar, hasta el conocimiento protocolario sobre cómo hay que comer. La cultura simbólica jugaba un papel relevante para mantener separadas a las clases en conflicto. Y esta misma separación, que era aceptada e incluso deseada, ésta es la hipótesis, por los más pobres, jugaba su papel en el mantenimiento del modelo político. El tenedor y su uso, el saber comer con cuchillo y tenedor, es un ejemplo paradigmático de cómo un instrumento que de una u otra forma era conocido desde la prehistoria, se convertía en la Edad Media en un símbolo separador de clases sociales. Un instrumento tan eficaz como las gradaciones de los diferentes uniformes militares o religiosos. En términos de la ciencia de la comunicación sería un soporte heráldico.

Tal como ya se ha dicho, ceñir la Heráldica a la Edad Media y a una formación sociopolítica, el Feudalismo, resulta un reduccionismo poco científico de la realidad. Es cierto que desde la Revolución Francesa la influencia de la Heráldica se redujo considerablemente. El nuevo régimen iba a debilitar a la nobleza y a casi hacer desaparecer a los gremios, como principales protagonistas de la revolución industrial.

Para referirse a las sociedades avanzadas actuales ya no resulta apropiada la expresión «estratificación social». Es una analogía prestada de la geología y de sus estratos geológicos, y tendría la connotación de asociar las diferencias sociales con las naturales. Resulta más apropiado hablar simplemente de diferenciación o de segmentación; pero la función de la Heráldica de **jerarquizar** sigue siendo científica y rigurosa. Blasones y escudos clasifican, y lo hacen de soportes equivalentes, pero lo hacen también de más a menos. Y esa función valorativa es importante para conocer la Historia, porque lo es también para conocer a los humanos cuando se juntan con sus semejantes.

Para una rama teórica importante de la Sociología, el hecho de que además de las diferencias naturales existan otras que nada tienen que ver con las personas tendría su origen en los juicios de valor: la peculiaridad de valorar sería inseparable del animal humano. Más-menos, mejor-peor, merecedor-no merecedor, etc., forman parte de la política. Se es político y se deja de ser científico en la medida en que se valora, en la medida en que existen juicios de valor, que sucederían a los inconscientes juicios de percepción, cuya existencia hoy nadie discute. La aportación de Max Weber en este sentido, que fue detallada en muchos de sus artículos y de manera completa en su libro póstumo, *Economía y Sociedad*, es fundamental. La naturaleza hace a las personas y a los territorios desiguales, y la valoración de esa desigualdad es aplicada también al resto de sus creaciones institucionales: estados, asociaciones, empresas, clubs deportivos y cualquier fenómeno social.

Hasta aquí se ha intentado resumir algunos aspectos de algunas funciones básicas de la Heráldica. Faltaría por comentar la parte emocional de todo ello. Tratar de incluir esta ciencia en la **sociología de las emociones**. Puede ser muy racional la utilización de banderas y estandartes en contextos competitivos, ya sean bélicos, profesionales o deportivos; pero, como hipótesis, nada de esto se produciría si no hubiera una carga emocional que lo sustentase. Tangencialmente ya traté el tema en otra conferencia, en años anteriores, pero convendría añadir algunas cosas. Una vez más se enfrentan dos cuerpos teóricos importantes, desde el enfoque sociológico.

Para los **constructivistas**, el fenómeno emocional es exterior. Se percibe un signo heráldico, se interpreta y surge una emoción u otra, como surge una interpretación racional u otra. De esta forma tendríamos amor, admiración, orgullo y respeto; o las emociones negativas de vergüenza, humillación, miedo u odio. La experiencia anterior de los observadores es importante; pero todo el problema emocional nacería en el exterior y lo habríamos construido nosotros. Los signos heráldicos no serían una excepción de la configuración emocional propuesta por la escuela constructivista. El mecanismo sería el mismo: observación, interpretación y aparición de la emoción.

En el polo opuesto estaría la **Teoría de las valencias afectivas**, que propuso también Norbert Elias, en su sociología de las emociones. Para Elias el

tema sería interior. Los seres humanos naceríamos con unas valencias afectivas que estarían frustradas a menos que pudiéramos anclarlas en algo o en alguien. Unos, dependiendo de la constitución cerebral tendríamos más valencias e incluso más intensas que otros, pero todos las tendríamos. Esto marcaría la capacidad afectiva de cada uno. Su empatía o su frialdad ante los fenómenos sociales y humanos. Normalmente estas valencias tienden a anclarse en otras personas. Y esto aclararía por qué sufrimos cuando un ser querido fallece o desaparece: unas valencias que estaban satisfechas vuelven a quedar libres y frustradas, y lo seguirán estando mientras no consigan anclarse en otras personas equivalentes, cosa que no siempre puede suceder. Lo importante para el tema que nos ocupa es que de manera explícita, Norbert Elias menciona que tales valencias afectivas suelen anclarse también en símbolos y signos. En todas las sociedades la gente se emociona ante los símbolos de los colectivos sociales con los que se identifica positivamente. Especialmente los territoriales, aunque no los únicos. El fenómeno parece cumplir con el criterio de la universalidad, siempre y en todas partes. Cuando alguien llega a llorar al contemplar la bandera de su país, tras un acontecimiento deportivo o de cualquier otra índole, la explicación estaría en que sería precisamente en esa bandera y en lo que representa donde se habrían anclado unas valencias afectivas.

Hay otras teorías de menor rango, que también servirían para interpretar algunas de las funciones de la Heráldica: el **Modelo bidimensional de poder y estatus**, y el **Sistema de deferencia-emoción**, de Thomas Scheff.

Para Theodor Kemper las dimensiones de poder y estatus, con unas escalas que van de más a menos, estarían presentes en todas las personas. Entendiendo por poder, a la manera weberiana, la capacidad de conseguir lo que uno quiere aun en contra de los deseos de los demás; y por estatus la capacidad de conseguir, de manera no coactiva, el reconocimiento por parte de los otros. De acuerdo con estas dos dimensiones, que se encontrarían incluso entre los niños cuando juegan, en todas las relaciones operaría el poder de uno, o de lo que representa, y el estatus de uno, frente al poder y el estatus del otro. Las fijaciones en la escala de estas dos dimensiones no tienen por qué ser paralelas ni coherentes. Puede alguien tener mucho poder y muy poco estatus, y viceversa.

Cuando alguien enarbola una bandera o cualquier otro signo heráldico, estaría situándose en una escala de poder frente a otro, que sería menor, igual o mayor que el del oponente. Esta dimensión, junto con la del estatus, supondría la emoción positiva o negativa, así como su intensidad, que nos produciría el emblema representativo. Las emociones sociales de orgullo o vergüenza aparecerían.

En el Sistema de deferencia-emoción, está presente la idea de que «quienes más se ajustan a la mayoría (en este caso en la percepción emocional de

los símbolos) son aquellos que más se esfuerzan por evitar la vergüenza de parecer diferentes al grupo». La tesis está basada en la importancia de las percepciones iniciales. Al enfrentamos por primera vez con un soporte simbólico, pondríamos en juego nuestras emociones sociales contrapuestas de orgullo (con todo lo positivo: alegría, atracción, seguridad, principalmente) y vergüenza (con lo equivalente de humillación, rechazo y odio). De ser la percepción inicial negativa, se interpretaría como falta de deferencia y aparecería la emoción negativa de la vergüenza. Esto llevaría a las descargas represivas (vergüenza camuflada) o a la vergüenza abierta, que se manifestaría en pensamientos y/o acciones, gestos, insultos y hostilidad.